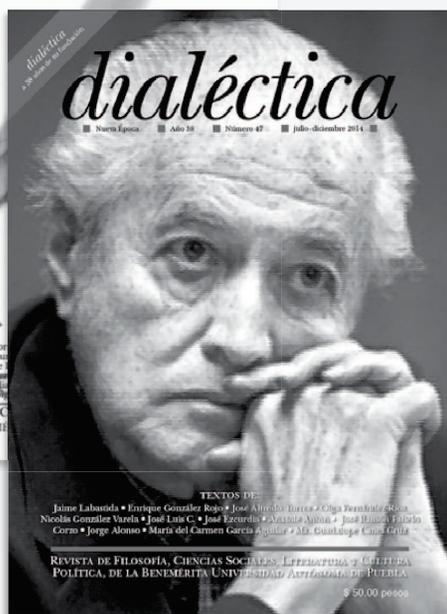
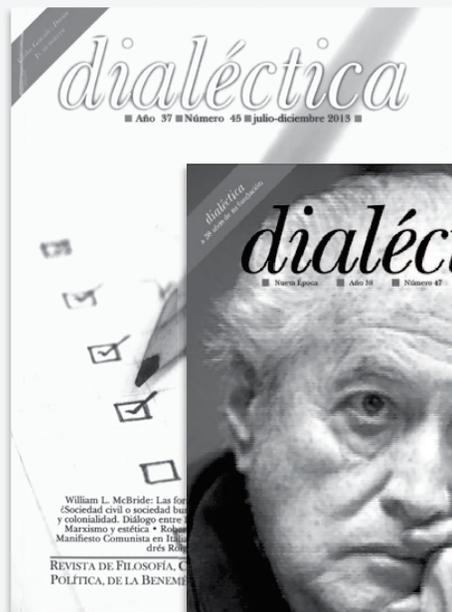


38  
años

# dialéctica

REVISTA DE FILOSOFÍA, CIENCIAS SOCIALES, LITERATURA Y CULTURA  
POLÍTICA, DE LA BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

## LITERATURA Y REVOLUCIÓN. LA OBRA DE JOSÉ REVUELTAS

Jaime Labastida

La obra, acaso debiera decir, mejor, la vida entera de José Revueltas Lgira sobre dos ejes, distintos y a la vez simultáneos: literatura y revolución, escritura y militancia política o, en otros términos, teoría y acción. No puedo deslindar una de la otra. Me dijo, hace poco más de 50 años, si la memoria no me traiciona, cuando sostuvimos una amistad alimentada a un mismo tiempo por la política y la literatura, que el humus de donde nacía su escritura era la acción política; aún más precisamente, la vida del partido. No recuerdo si usó esta palabra, *humus*; tampoco me es posible recordar si se valió de otro término, pero sí sé que el sentido de su expresión fue éste: que le era necesaria la vida del partido para obtener así la materia prima de su escritura y que su literatura tenía una relación estrecha con la acción partidaria.

Lo conocí por el año de 1959, cuando había sido expulsado por segunda vez del Partido Comunista Mexicano (PCM). Tal vez haya sido entonces que le pregunté por qué había vuelto al seno del partido, qué lo había impulsado al regreso. Acaso fue también ése el momento en el que me dio la respuesta que he ofrecido aquí. Me pregunto, empero, si esa respuesta lo dice todo, si no se oculta en ella algo más. Es la respuesta de un escritor, desde luego. Pero Revueltas era también un hombre de acción. Me pregunto, pues, si Revueltas, el militante político, se reafilió al PCM para obtener así y sólo así la materia prima de su literatura. ¿Por esto y nada más que por esto? Su respuesta es, ahora me lo parece, en extremo parcial. Indicaría que a Revueltas no le importaba la acción política por sí misma; que veía en ella tan sólo un filón literario. Si la respuesta fuera verdadera, Revueltas sería un escritor puro, un escritor que buscaba en el partido temas que pudieran ser transformados en escritura. No es, desde luego, así; al menos, no es por completo así.

No cabe la menor duda de que varias de sus narraciones tienen por tema la vida del Partido Comunista, sus contradicciones y sus luchas internas: eso sucede, por ejemplo, en *Los días terrenales* y *Los errores*, novelas

**Jaime Labastida.**  
El Colegio de Sinaloa.  
Academia Mexicana de la Lengua.  
Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos.  
Asociación Filosófica de México.  
Siglo XXI Editores.

donde las luchas políticas sirven de marco a los sucesos trágicos de personajes corroídos por la angustia o los amores imposibles. Otras narraciones, en cambio, arrancan de experiencias vividas directamente por él: *Los muros de agua* se apoya en hechos que padeció cuando fue recluso en las Islas Marías y *El apando* relata los castigos a que eran sometidos los presos en la cárcel de Lecumberri. Ninguna de esas narraciones, desde luego, tiene carácter autobiográfico. Revueltas mismo, en el prólogo a la segunda edición de *Los muros de agua* (1961), lo explica cuando afirma que *selecciona* algunos fragmentos de la realidad al escribir (porque lo real es *superabundante*).

Entendamos, por lo tanto, que el verdadero sentido de la expresión *luchas internas* indica, en Revueltas, algo mucho más profundo que el solo aspecto de una batalla política o ideológica en el *interior* del partido. Se trata de una lucha *interior*, sí, pero que ocurre en el lugar más profundo de la propia conciencia.

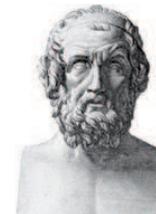
Nada importa que la acción de alguna novela o de un cuento se desarrollen en una calle, un burdel, una celda. A Revueltas le interesa hurgar en el flujo interno, en las reflexiones que surgen de los problemas que sus personajes enfrentan. Esos problemas nacen del ejercicio de su libertad. No son los actos políticos externos ni sus consecuencias los que destaca y revela su escritura, sino la lucha interna de los personajes, el desgarramiento que ocurre en el interior de sus conciencias. Por lo tanto, si entiendo bien, Revueltas no es un escritor de *hechos* ni de *acciones* (mejor, no es *tan sólo* un escritor de hechos y de acciones), sino un escritor que reflexiona de manera profunda sobre los actos de sus personajes. Por esta causa participa, en su calidad de narrador, en el desarrollo de la acción y juzga lo que acontece. Es, desde luego, un narrador omnisciente. Los pasajes iniciales de sus cuentos o de sus novelas son morosos, lentos, carentes en apariencia de toda acción visible. Son una masa que contiene, todavía sin desarrollo, los conflictos duros de sus personajes. Su técnica narrativa arranca de un bloque sólido, violento, oscuro, que se ilumina poco a poco. Quizá por esta misma causa el final de sus novelas es, por contraste, acelerado. Está ausente en él, de manera consciente, la sorpresa.

Veamos el inicio de *Los días terrenales*: “En el principio había sido el Caos, mas de pronto aquel lacerante sortilegio se disipó y la vida se hizo. La atroz vida humana”. ¿De qué Caos se trata? ¿Por qué Revueltas escribe esta palabra con una mayúscula? ¿Es el Caos de Hesíodo, el momento anterior a la creación bíblica? De pronto, en la tiniebla, se oye la voz de un cacique que dice una frase banal sobre la hora (“las 4 de la madrugada”); luego, otra vez: “En el principio había sido el Caos, antes del Hombre, hasta que las voces se escucharon...” ¿Qué *principio* es éste? ¿El inicio de qué tiempo, el de un tiempo arquetípico, el tiempo previo

a la palabra que emite el dios genesíaco? El inicio de la novela guarda un estrecho paralelo con un tiempo mítico: con el tiempo del *principio*. Por eso las palabras *caos* y *hombre* están escritas con mayúsculas. La escena adquiere dimensión telúrica. Es de madrugada, la tierra está en tinieblas, reina el silencio. Pero Revueltas parece decirnos que esa madrugada no es una madrugada cualquiera, sino el momento negro, preciso, en que la vida fue hecha y no cualquier vida, desde luego, sino *la atroz vida humana*. Algunos pueblos de la selva se han reunido para atrapar peces del río, envenenado con barbasco. El asunto es incidental. Lo decisivo es que semeja el instante en que, tras del Caos primigenio, surge la palabra, la vida, *la atroz vida humana*. Revueltas prepara así el desarrollo trágico de los acontecimientos posteriores.

No puedo examinar la totalidad de la obra de Revueltas, es demasiado vasta y está llena de aristas. Lo que deseo destacar es que la obra y la existencia de José Revueltas se desarrollan en los linderos precisos de un profundo cambio en la vida política y literaria de México. De lo que hasta aquí he esbozado me gustaría extraer una primera conclusión, provisional sin duda. Revueltas era un hombre complejo y contradictorio. Al menos, añadido, el Revueltas que conocí y traté de modo constante e intenso en ese tiempo, oscuro y luminoso a la vez, cuando vivimos inmersos en conflictos sociales y personales profundos. Subrayo todo esto porque, al paso de los años, Revueltas ha sido convertido en un ícono, una especie de santo laico. Se le dibuja como si fuera un hombre puro, intransigente, el incansable luchador por la democracia, la libertad personal y el socialismo. También, como si hubiera sido una suerte de asceta, casi un pordiosero que nunca dispuso de recursos ni siquiera para comprarse un pantalón nuevo. El Revueltas que conocí y que traté no coincide con esa imagen. Mi memoria lo bosqueja de otra manera.

Para empezar, diré que por esa época vivía, casado con María Teresa Retes, su segunda esposa, en un amplio departamento, rentado desde luego, en las Lomas de Chapultepec; que disponía del dinero suficiente como para sufragar el gasto que le significaban las clases de violín que recibía, en forma privada, su hijo Román, por parte del maestro Vladimir Bulfman; que por largos quince años se había dedicado a escribir guiones cinematográficos que le dieron jugosos ingresos (destacaría, entre otros, el de *La ilusión viaja en tranvía*); que por esas fechas realizó el guión de una película sobre Zapata que, hasta donde sé, jamás se llevó a la pantalla; que sostenía una columna editorial en *El Día*, periódico dirigido por su antiguo compañero de luchas partidarias Enrique Ramírez y Ramírez; que era un hombre que podía vivir con cierta holgura, aunque apremiado por las exigencias de un nivel económico y un *status* social que en manera alguna deseaba. Tal vez por esa última causa (pero no lo sé de cierto), poco después rompió de súbito con su esposa, tomó sus libros y su ropa y se fue



a vivir a un departamento amueblado en las calles de Holbein. En ese edificio vivían también el dibujante Héctor Xavier y el pintor Julián Olivás.

Me satisfaría recrear aquella época, pero carezco del talento de un narrador. Sólo recordaré que era una etapa convulsa en la vida política y social del país. Ya habían sido reprimidas, y con dureza, las huelgas de maestros y ferrocarrileros; la cárcel estaba repleta de presos políticos (Demetrio Vallejo, Othón Salazar, Valentín Campa, David Alfaro Siqueiros). Los periódicos guardaban una celosa compostura y se autocensuraban, aunque también eran estrechamente vigilados por censores de la Secretaría de Gobernación; a las cátedras de ciertos maestros universitarios acudían espías que simulaban ser alumnos, pero que informaban de lo que en esas clases se decía. Se puede afirmar, en suma, que la alianza establecida entre los tres sectores del Partido Revolucionario que se había vuelto Institucional, el obrero, el campesino y el popular, se resquebrajaba. Pero todavía en aquel año de 1960, los intelectuales de relieve tenían como timbre de orgullo trabajar para el gobierno y, sobre todo, en el servicio exterior. El movimiento de fatal ruptura culminó en la fecha aciaga de 1968. Insisto, empero, que hacia fines del decenio de los cincuenta apenas los intelectuales de izquierda, a los que se consideraba un instrumento de la reacción o de una ideología que era extraña a la más pura esencia de México, se atrevían a criticar al gobierno *emanado de la revolución*. Por 1950, con la llamada Generación de Medio Siglo, se había producido el punto más alto de la confianza de los intelectuales en el régimen. Sin embargo, ya lo dije, la represión de las huelgas de maestros y ferrocarrileros marcó el punto inicial del declive.

En ese momento empezó a desmoronarse el paradigma que había sostenido a la nación en el curso de los últimos decenios: el mito de la Revolución mexicana. No hubo entonces, no lo hay todavía, ningún nuevo paradigma que pueda sustituir el ideal que sostenía, viva, la esperanza de una mejor nación, libre ya de impurezas y ataduras. Así, en 1950 se publicó la primera edición de un libro que se ha vuelto mitológico (*El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz) y empezó a editarse aquella colección que deseaba dar cuenta de lo que constituiría la *más pura esencia del ser del mexicano*, en la Antigua Librería Robredo; la dirigía el filósofo Leopoldo Zea.

Hubo, además, una publicación sintomática, que necesito destacar. En 1960, al cumplirse el cincuentenario del inicio simbólico de la Revolución mexicana, el FCE publicó cuatro gruesos volúmenes en los que se hizo un balance de los logros, positivos todos por supuesto, de la gesta revolucionaria y de lo realizado por los gobiernos que de ella *emanaron*. Ése y no otro era el verbo que siempre se usaba: el gobierno era una *emanación*, podría decirse que mítica, de la Revolución, como el perfume *emana* de la flor, de modo natural aunque misterioso. El origen (mítico) del

gobierno se situaba en un hecho radical, fundador, que le otorgaba su carácter legítimo: la *revolución*. Adviértase: ni la *soberanía popular* ni la *democracia*. Estos cuatro volúmenes daban cuenta de lo hecho en los terrenos de la *Economía* (el I), la *Política* (el II), la *Sociedad* (el III) y la *Cultura* (el IV). Participaron en su redacción economistas, políticos y escritores de fuste. Mencionaré algunos: Enrique Beltrán, Gonzalo Robles, Adolfo Orive Alba, Raúl Ortiz Mena, Alfredo Navarrete, Hugo B. Margáin, Mario de la Cueva, Miguel de la Madrid, Jesús Reyes Heróles, Ignacio Burgoa, Pablo González Casanova, Emilio Portes Gil, Jaime Torres Bodet, Edmundo O'Gorman, José Luis Martínez, Emilio Uranga, ¿a qué seguir?, la cúspide, sin duda, de la inteligencia del país. Un solo miembro de la iniciativa privada, según creo, Carlos Prieto, el director de Altos Hornos de México. En el prólogo, el presidente de la República, Adolfo López Mateos, afirmaba que la Revolución no había surgido “bajo la influencia de otros movimientos semejantes”, sino que fue realizada con la vista siempre puesta en las “necesidades específicamente mexicanas”. Pese a que la Revolución no hubiera alcanzado la totalidad de sus metas, López Mateos sostenía que había sido “el primer movimiento popular” del siglo xx que propugnaba por “la justicia social”. Él mismo se autodefinía como *revolucionario*. ¿Qué resta de este lenguaje en boca de los políticos de hoy? Los que invocan la Revolución semejan fantasmas de otras épocas, ecos nostálgicos de una etapa perdida.

Lo que deseo destacar es que por esos años se vivía, aunque de manera aún imperceptible, un cambio profundo en la existencia de la nación (y de la ciudad). Ofrezco el testimonio de Rubén Bonifaz Nuño: “En muy pocos años ha crecido/ mi ciudad. Se estira con violencia/ a todos lados; derriba, ocupa,/ se acomoda en todos los vacíos,/ levanta metálicos esqueletos”. En la ciudad, prosigue el poeta, hay “lentos camiones donde los indios/ juntan el sudor y la miseria/ de todos los días, se apretujan,/ y llegan a barrios que se deshacen/ de viejos, y tiemblan y trabajan”. En esta ciudad, termina Bonifaz, hay “un sol que calienta y acongoja/ más de tres millones de almas enfermas”. El poema pertenece a uno de los más bellos libros de Bonifaz, *Los demonios y los días*, publicado en 1956. Retengamos un dato: la ciudad tenía por entonces tres millones de habitantes. Jaime Sabines, a su vez, dice: “Habría que bailar ese danzón que tocan en el cabaret de abajo,/ dejar mi cuarto encerrado/ y bajar a bailar entre borrachos”. El poema de Sabines forma parte de *La señal*, libro publicado en 1951. Sabines dice *cabaret de abajo*: significa que vive en un cuarto de asistencia, en el centro de la ciudad, acaso por la calle de Guatemala, en algún edificio colonial convertido en habitaciones para estudiantes de provincia. Sabines estudiaba en la FFYL, que se ubicaba en la Ribera de San Cosme, en el viejo edificio de Mascarones.

¿Qué sucedió entre 1951 y 1956, entre el poema de Sabines y el de



Bonifaz? La geografía cultural de la ciudad se alteró por completo. El antiguo barrio, en el que se desarrollaba la Universidad y animaba la cultura de la ciudad, se mudó. Fue abierto un inmenso terreno, hasta entonces inhóspito, el Pedregal de San Ángel. El presidente Miguel Alemán dotó a la UNAM de 720 hectáreas: se elevó allí el primer circuito de CU; también el Estadio Olímpico. A un costado de la CU fue diseñado un vasto desarrollo inmobiliario. Ya nada fue igual. No sólo escuelas y facultades, sino también las bibliotecas, las librerías, los cafés, las cantinas, todo lo que alimentaba la cultura universitaria (sus alumnos y sus profesores), se desplazó desde el centro de la ciudad hasta el sur profundo. Eso expresan los cuatro libros sobre los 50 años de la Revolución. Era una *culminación*. La revolución, hecha *institucional*, se hallaba en su apogeo. Y lo celebraba por todo lo alto.

En esas condiciones, toda disidencia aparece como si fuera una enfermedad. Es lo que sucede con Revueltas. Es un relámpago oscuro en mitad de una fiesta, un pedernal de obsidiana en un día luminoso. Rasgos intensamente críticos, amargos, nacen de sus narraciones y sus ensayos políticos: son impertinentes, dolorosos, atípicos. Dos de los ensayos eran, sin duda, severos, duros: *México, una democracia bárbara* y *Enseñanzas de una derrota*. El primero examinaba el país desde el ángulo marxista; el segundo era una crítica fuerte de la estrategia y la táctica del PCM por su actuación en las huelgas ferrocarrileras. En ninguno había la menor concesión a posiciones políticamente *correctas*. Lo que sostenía Revueltas en el ensayo sobre el PCM le acarreó funestas consecuencias: fue expulsado, otra vez, del partido.

He aquí, pues, en su crudeza, el nudo del problema. ¿Era posible conciliar las posiciones severas de Revueltas con la disciplina férrea que exigía el partido? ¿Qué modelo se podría seguir? Revueltas poseía un cerebro en constante ebullición, era un pensador crítico, independiente: sus ideas creaban dificultades a los dirigentes, que no las podían digerir con rapidez. Siempre estaba al margen, *en minoría*, era en realidad un *menchevique*, hombre en minoría, en el seno del partido *bolchevique* (el de la mayoría). Los dos términos políticos se construyen a partir de las voces rusas *menshei* y *bolshoi*: menos y más, minoría y mayoría, pequeño y grande. ¿Cómo, de qué modo puede vivir un pensador crítico e independiente en el seno de un partido que no comparte sus tesis? ¿Cómo acepta un hombre de acción la disciplina que le impone el partido con el que, a pesar de todo, está de acuerdo en el fin último de su lucha, lo diré con una expresión grandilocuente, la libertad del hombre? Se puede doblegar, guardar un prudente silencio, hasta aparentar una obediencia en la que nadie creerá. Pero Revueltas no estaba hecho de esa madera: no podía disimular; tampoco podía hacer concesiones: luchaba, hasta la fatiga física, por sus ideas.

La pregunta es, por consecuencia, ésta: ¿puede la *minoría* formar parte de un cuerpo *mayor*? La mayoría, ¿acepta, o tan sólo *tolera a la minoría*? El partido leninista, ese partido de la clase obrera en el que Revueltas cree y en el que milita, elaboró una teoría singular a la que dio el nombre de *centralismo democrático*. ¿Qué se impone, al final de las cuentas, el *centralismo* o la *democracia*? Hay una contradicción, obvia y desde luego que deliberada, en estos términos: la disciplina férrea, *central*, por una parte; la *democracia*, la participación amplia de todos los militantes en la toma de decisiones, por la otra. ¿Es posible la síntesis? Si es así, ¿de qué manera? El partido concebido por Lenin, ya lo sabemos, degeneró en una secta compacta, que se quiso homogénea: nunca toleró la disidencia; las minorías fueron aplastadas sin piedad. Uno tras otro, Stalin asesinó implacablemente a todos los dirigentes que discrepaban de la disciplina impuesta por él. Y lo que ocurría en el interior del partido, sucedía también en la sociedad soviética. La responsabilidad personal fue sustituida por la culpabilidad de clase. Se era reo de lesa revolución por el solo delito de pertenecer a la burguesía. Porque si la sociedad había logrado el paraíso aquí, en la Tierra, ¿quién, que no fuera un loco, un enfermo, podía dejar de aceptarlo? Se había alcanzado, al fin, la Utopía. Pero la utopía se había vuelto una estructura rígida, una cárcel de hielo. Al disidente le restaban tres caminos: ser deportado a Siberia, ser encerrado en un manicomio o recibir un tiro en la nuca. En un partido así, ¿qué papel podría jugar un pensador crítico como Revueltas?

Revueltas elige un camino distinto y postula una teoría novedosa, variante de la tesis leninista del centralismo democrático. La llama *democracia cognoscitiva*. Con ella, Revueltas deseaba que se respetaran los derechos de la minoría. Se puede advertir que estamos ante un problema mayúsculo y es necesario que examinemos el asunto con toda seriedad. Empecemos por el concepto de *democracia*. ¿Cuándo se forma el término? Ya se sabe, en la Atenas clásica. Está integrado por dos raíces: una es *δημος*, el pueblo; la otra es *poder*, *κράτος*. Esa es la fórmula corriente. Pero *δημος* no indica *pueblo* en el sentido que lo usamos hoy: es pueblo asentado en un territorio delimitado; se opone a *γένος*, el pueblo originario. La voz helena *δημος* mentaba, al inicio, una demarcación territorial. En la medida que los *metecos*, esos extranjeros a quienes Homero llama, con desprecio, *viles refugiados* (el término adquiere más tarde el sentido de *refugiado y emigrante*), se internan en la sociedad ateniense, exigen derechos. Se los otorga Clístenes: los inscribe en el *δημος* donde los obliga a residir. El pueblo es también *λαός* (de donde la voz *laico*). Los *metecos* son inmigrantes refugiados en la *πόλις*; en Roma los llaman *peregrinos*. Así, quienes venían del clan o la *gens* primitiva eran, en Grecia, *eupátridas*; en Roma, *patricios* (tenían un *padre* mítico, conocido y bueno). Forman parte del *δημος* sólo quienes fueron inscritos en la demarcación territorial; debían



ser libres. La otra raíz de la democracia es κράτος, *fuerza bruta*. El término *democracia* indica una profunda división de la sociedad, una separación violenta en dos segmentos irreconciliables. Los pueblos ágrafos, cohesionados por razones de consanguinidad, no conocen el término. En las asambleas de esos pueblos, se discute hasta obtener la unanimidad: no hay en ellos posibilidad de disidencia. Las minorías y las mayorías surgen sólo a partir del momento en que la sociedad se fractura. Una parte, la mayoría, tenga o no razón, impone su criterio a la otra, a la minoría.

La voz *democracia* no genera conceptos positivos (*demarca* nombra al jefe del *demos*), mientras que del término αρχή nacen conceptos de carácter positivo. Αρχή indica *principio*, en el doble sentido del *inicio temporal* y de la jerarquía. La democracia produce un profundo desgarramiento de la sociedad. Gracias a ella se producen, por primera vez, los conflictos entre el *individuo* y la comunidad, por un lado y entre la *minoría* y la *mayoría*, por el otro. De este trauma profundo da fiel testimonio la tragedia ática: los héroes homéricos, antes admirados, aparecen allí como personajes llenos de dudas. En la época homérica, eran un claro paradigma; en la tragedia ática, en cambio, son un conflicto, una llaga sangrante y pura. Insisto, la democracia genera incertidumbre, pone en vilo al individuo, lo arroja al abismo. En los pueblos ágrafos se respeta la costumbre, la voz de los ancianos, la autoridad nacida de la tradición. En cambio, el hombre que vive en la sociedad democrática, se interroga y duda, no acepta lo que dicta el oráculo: el filósofo Heráclito dice que ha hurgado en el interior de sí mismo. Los pueblos ágrafos, diré algo *políticamente incorrecto*, no son *democráticos*; lo son sólo hacia su interior. Hacia el exterior, son por completo intolerantes: no respetan a la minoría, la anulan, obtienen consensos unánimes. Se autodesignan como *hombres verdaderos*: esto indica que el resto de los seres humanos carecen de esa virtud: no son como ellos, sino diferentes.

A este concepto de democracia, Revueltas le añadirá un concepto lleno del mayor prestigio filosófico. El partido leninista, tal como lo concibe, se apoya en un tipo especial de democracia, la que pueda producir unos *conocimientos* de carácter científico. A Revueltas no le interesa lograr la unidad política de acción; le interesa producir, a través de un método de discusión racional, en el que se anulan todas las contradicciones, un conocimiento científico de la realidad. ¿Eso es lo que Revueltas llama *democracia cognoscitiva*? Le otorga otros nombres, desde luego; por ejemplo, *conciencia orgánica*. Así, afirma que Marx y Engels fueron la *conciencia orgánica del proletariado*; que la teoría leninista del partido “organiza la conciencia colectiva”; que el partido leninista es la “realización de la filosofía a partir de la conciencia del proletariado”; que el partido es el *cerebro histórico*, el *cerebro colectivo* que piensa *por, para y con* el proletariado; que, gracias al partido, la *deshumanización llega a su fin*; que la *enajenación*

*humana termina*, pues el partido *se eleva universalmente a una categoría superior*. Ideas, sin duda, de carácter mesiánico.

Puede advertirse sin dificultad que, en esta serie de conceptos, Revueltas se ha valido de algunos textos del joven Marx y los cita en abundancia. Le produjeron un impacto profundo. Quisiera decir que Revueltas, que jamás terminó una carrera universitaria, pasó con rapidez de la militancia política a la lectura de las obras de Lenin. Durante el tiempo que lo traté, también asimiló algunas ideas del joven Marx. Nunca, que yo sepa, leyó de modo sistemático las obras del Marx maduro, menos *El capital*, su obra científica más alta. En esta última obra, Marx expone, ya se sabe, el desarrollo lógico del capitalismo; utiliza el método de la *abstracción*, que va *de lo abstracto a lo concreto*: parte de una categoría individual, contradictoria, la mercancía. En el volumen I explica la *producción* de plusvalía; en el II, la *circulación* de la misma plusvalía y en el III su *distribución*. Sólo en ese punto, Marx alcanza lo *concreto* que no es, como supone la teoría vulgar del conocimiento, lo que está allí, ante nuestros ojos. Revueltas, ¿alcanzó esa cúspide de la teoría de Marx? No, desde luego que no.

Pero no me interesa mostrar las limitaciones teóricas de Revueltas ni, aún menos, hacer la más leve crítica de sus posiciones. Quiero dejar constancia tan sólo de lo que fue aquel Revueltas que conocí, al que admiré, con el que sostuve largas y fecundas discusiones. Mis maestros universitarios fueron hombres de disciplina, de rigor, de sistema; eran, para mí, personas distantes: Eduardo Nicol, Francisco Larroyo, Luis Recaséns Siches, Guillermo Floris Margadant, Eli de Gortari, José María Gallegos Rocafull, Luis Villoro, Ricardo Guerra, Adolfo Sánchez Vázquez. Era un joven de 21 años, apenas egresado de la carrera. El trato con Revueltas produjo en mí una conmoción. Revueltas pensaba y sentía, al propio tiempo. Nunca hubo entre nosotros la distancia que hay entre maestro y alumno. Me trató como amigo. La relación era en verdad fascinante. Cuando murió, fui al Auditorio Justo Sierra; allí, en silencio, junto a su cadáver, estaba su viejo amigo de lucha, aquel hombre bueno y generoso que respondía al nombre de Juan de la Cabada, amigo entrañable al que recuerdo, igual que a Revueltas, con emoción. Los dos nos abrazamos con un sollozo reprimido, el mismo con el que hoy deseo terminar este breve recuerdo de mi amigo, mi adversario, mi compañero de juventud, José Revueltas.

